



CAPITULO XXIII

Curas y Jacobinos.—Venta de los bienes nacionales (Septiembre de 1791).

Carácter general de la Asamblea constituyente.—Servicios que prestó á la humanidad.—Declaración de Pilnitz (27 de Agosto) que mata á los constitucionales.—El rey acepta la Constitución (13 de Septiembre).—Entrevista de la reina y Barnave.—La fuerza principal del realismo estribaba en la influencia del clero sobre el pueblo. Blandura de la Asamblea con los curas que se negaban á prestar juramento.—Intrigas y actos violentos de los clérigos refractarios.—Mecánica del fanatismo.—Sacramentos furtivos, entierros nocturnos.—No hubiera sido imposible abrir los ojos á los aldeanos.—La Asamblea hubiera debido preparar las inteligencias para que recibiesen y comprendiesen la ley.—El interés unido al fanatismo.—También el interés debió sostener la fe revolucionaria.—Primer resultado de la venta de los bienes nacionales. Ochocientos millones en cinco meses (Abril-Agosto del 91).—Fe de los compradores en los destinos de la Revolución.—Fortalecen las sociedades jacobinas.—El aldeano comprador se convierte en la base más firme de la Revolución.—Es el antiguo movimiento de la Francia largo tiempo interrumpido que comienza de nuevo.—Nota sobre los escritores que tratan de disimular esto.—Solidez de la Francia rural.—Fin de la Asamblea constituyente (30 de Septiembre del 91); su impotencia.

Las faltas de la Asamblea constituyente, las culpables intrigas en que se comprometieron sus directores, su castigo en fin y su triste degradación no deben hacer olvidar á la posteridad que disfruta de sus beneficios, todos los servicios que aquella Asamblea prestó al género humano.

¡Que libro se necesitaría escribir para explicar, para apreciar el cuerpo inmenso de las tres mil leyes que nos dejó!... Quizás intentemos penetrar su espíritu cuando podamos compararlo con las leyes análogas ó contrarias de nuestras restantes Asambleas. Notemos, sin embargo, en cuanto á las leyes de la Constituyente, que aun las que ya han sido abolidas no han dejado de ser instructivas y fecundas. Parece que aquella gran Asamblea habla todavía á todo el mundo. Las soluciones generales y filosóficas que dió á tantas cuestiones aun son estudiadas con fruto, consultadas con respeto por todos los pueblos. No ha quedado como legisladora del mundo, pero es siempre como el médico que conserva noblemente formulados los votos del siglo filósofo, su amor á la

humanidad. En esta historia demasiado rápida, no he podido bajo este aspecto hacer á la Asamblea constituyente la justicia que merece. He sido involuntariamente injusto con ella, hablando de los intrigantes y no de los trabajos, nombrando siempre á los jefes de los partidos, á los directores, muy censurables y no diciendo una palabra de aquella multitud de hombres ilustrados, modestos, imparciales que llenaban los comités ó votaban en la Asamblea con inteligencia y patriotismo é inclinaban muchas veces á la mayoría del lado de la razón. Una masa flotante de cerca de tres ó cuatrocientos diputados, de los que casi ninguno hablaba, ha sido acaso la fuerza real de la Constituyente, apoyando siempre las soluciones elevadas, nobles, elementales que hacen brillar en las leyes el genio benéfico de la humanidad.

Si la Asamblea constituyente hubiera sido la única autora de las leyes que formuló (á pesar de sus defectos y de sus lagunas) no sería una corona lo que le debería el género humano, sino un altar.

Sus leyes, hay que decirlo, no son de ella sola. En realidad tuvo menos iniciativa de lo que parece. Órgano de una revolución aplazada largo tiempo, se encontró con las reformas en sazón, los obstáculos allanados. El siglo diez y ocho puso en sus manos un mundo de equidad que ardía en deseos de manifestarse; sólo faltaba darle forma. La misión de la Asamblea era traducir en leyes, en fórmulas imperativas todo lo que la filosofía acababa de escribir en forma de razonamientos. ¿Y la filosofía por quién había sido dictada? Por la naturaleza, por el corazón del hombre oprimido desde hacía mil años. De modo que la Asamblea constituyente tuvo la dicha, el honor insigne de lograr que se escribiese por fin la ley de la humanidad, convirtiéndose en ley del mundo.

No fué indigna de esta misión. Escribió la sabiduría de su época, acaso la sobrepujó. Los legistas ilustres que redactaron por ella, se vieron obligados por la fuerza de la lógica á desarrollar por una deducción legítima el pensamiento filosófico del siglo diez y ocho; no fueron solamente sus secretarios y sus amanuensas, sino sus continuadores. Si, cuando el género humano erija á aquel siglo único el monumento que debe, cuando en la cúspide de la pirámide se sienten juntos Voltaire y Rousseau, Montesquieu, Diderot, Bufon, en la pendiente y hasta en la base se sentarán también los grandes espíritus de la Constituyente y á su lado las grandes fuerzas de la Convención. Legisladores, organizadores, administradores, dejaron á pesar de todas sus faltas ejemplos inmortales. Que venga el mundo entero, que se admire y tiemble, que aprenda en sus errores, en su gloria y en sus virtudes.

Pero ha sonado su hora y es preciso que perezca aquella gran Constituyente. Ya no puede hacer nada para la Francia ni para sí propia; es preciso que venga la Convención, primero con el nombre de legislativa.

Es preciso que la asociación jacobina cubra y defienda á la Fran-

cia. Es preciso una conjuración contra la conspiración de los curas y de los reyes.

El 27 de Agosto, en Pilnitz el emperador y el rey de Prusia habían escrito una nota amenazadora para la Francia, al principio con cierta vaguedad. Luego intervino Calonne, y merced á su influencia activa, á las gestiones rencorosas de los emigrados, los reyes se excitaron y fueron más allá de lo que se habían propuesto, hasta el punto de permitir que se consignase esta frase en el manifiesto: «Que darían orden para que sus tropas estuviesen dispuestas para entrar en acción.»

Fué una ventaja para Francia el ser prevenida de este modo. Con su torpeza acostumbrada, los emigrantes tocaban á arrebató antes de tiempo. Leopoldo olvidó por un momento la carta pacífica de la reina; no teniendo intención de obrar todavía, cometió la falta de dar la señal de alarma. En Francia fué el golpe de gracia para los constitucionales: en medio de sus penosos trabajos para restaurar la monarquía, fueron heridos de muerte por la emigración. En presencia de la guerra que se creyó inminente, el buen sentido nacional se alejó de ellos cada vez más, creyéndoles incapaces ó pérfidos, peligrosos de todas maneras en la crisis que se veía venir.

Confirmaron en la revisión el sacrificio que habían hecho ya al excluirse de la diputación y de todos los empleos. Sin razón se les censuró por ello, pues no tenían posibilidad de obrar de otro modo. Comprendían que todos desconfiaban de ellos y no podían hacer nada malo ni bueno.

Presentada la Constitución al rey, fué aceptada por éste el 13 de Septiembre. Los emigrados sostenían que se deshonraría el rey; Burke escribió á la reina que debía negarse y antes morir. La dureza de aquellos buenos amigos, de aquellos servidores fieles, que lejos de todo peligro, tranquilos en los salones de Londres ó de Viena, querían que se inmolase y la imponían la muerte, produjo en la reina vivo sentimiento. No era este el parecer de Leopoldo ni el del príncipe de Kaunitz. Barnave y los constitucionales suplicaban también al rey que aceptase, y lo hizo con una reserva notable, declarando que no veía en aquella constitución medios suficientes de acción ni de unidad. «Puesto que las opiniones sobre este particular están divididas, *consiento en que sea la experiencia el único juez.*» Esto era aprobar sin aprobar, reservándose el esperar como testigo inerte y mal dispuesto, los choques que sufriría la máquina próxima á desarticularse.

Hubo fiestas en París. La familia real fué agasajada en las Tullerías, en los Campos Eliseos y recibida en el teatro por una gran parte de la población, con alegría y con emoción. Alegría inquieta, llena de alarmas. En todas las fisonomías se leía el mismo pensamiento: «¡Ah, si se acabara la revolución! ¡si pudiéramos ver al fin en este día el término de nuestros males!»

Lejos de concluir, empezaban entonces. Mientras el rey y la reina,

con más libertad ya, veían secretamente á Barnave y consultaban con él, entrando en cierto modo en tratos con la revolución, los sacerdotes, por toda la Francia, habían organizado el primer acto de la guerra civil en nombre de Dios y del rey.

No conozco en la historia nada más triste que aquellas entrevistas nocturnas de Barnave con el rey y con la reina, tal como las refirió la camarera que abría la puerta al diputado. Esperaba horas enteras en una puerta excusada de los entresuelos, con la mano sobre la abierta cerradura. Un día, temiendo la reina que Barnave guardase peor el secreto si le veía compartido con una camarera, quiso encargarse en persona de aquella comisión, y estuvo de guardia ella misma. ¡Extraño espectáculo ver á la reina de Francia, aguardando por la noche, con la mano en el pestillo!... ¡Y qué es lo que esperaba! Reina caída, esperaba el auxilio de un orador no menos caído, impopular, y que ya no podía nada. La muerte aguardando á la muerte y la nada á la nada.

La fuerza de la monarquía estaba en otra parte, en la hoguera fanática que los curas, con un vasto plan de incendio, encendían y atizaban por todas partes. La Francia parecía una casa cerrada que arde por dentro; el incendio brota en lugares distintos con signos diferentes: aquí un resplandor siniestro; más arriba el humo, abajo la brasa.

En Bretaña, por ejemplo, los curas nombrados alcaldes el 89, continuaban siendo alcaldes de hecho, magistrados de la Revolución. No había manera de organizar las nuevas municipalidades. Una fuerza inmensa de inercia, un profundo y hostil silencio en todo el país, una ansiedad manifiesta.

En la Vendee cada señor se había hecho nombrar comandante de la guardia nacional, y su administrador era con frecuencia el alcalde. El domingo, después de misa, los aldeanos les preguntaban: «¿Cuándo empezamos?» Precisamente en Junio, hacia la época en que ocurrió la fuga á Varennes, habían visto volver á muchos emigrados con la esperanza de un gran movimiento.

Uno de ellos, el joven y devoto Lescure, creía que volvía para batirse por el rey y por la religión, y le casó su familia dando la casualidad de que la tía de madama Lescure (después Larochejaquelein) había enviado desde Roma una dispensa que se necesitaba. La dispensa decía que el matrimonio no podía celebrarse más que con la asistencia de un cura que se hubiera negado á jurar. Aquel fué uno de los primeros documentos en que el Papa consignó por escrito su decisión. Muchos sacerdotes que habían jurado ya, se retractaron inmediatamente.

Pero mucho antes de que el Papa se declarase en este sentido, era ya conocido y comprendido su pensamiento; los agentes del clero obraban con habilidad y misterio; agitaban el pueblo por abajo. En la Mayenne, por ejemplo, nada se traslucía todavía, pero á veces en los claros de los bosques se encontraban reunidos mil ó dos mil aldeanos. ¿Por qué causa? Nadie hubiera sabido decirlo.

El zapatero Juan Chouan no silbaba todavía á sus pájaros nocturnos. Bernier no predicaba aun la cruzada en Anjou. Cathelineau era todavía un buen trajinero, honrado y devoto, que se ocupaba al mismo tiempo de su pequeño comercio y de los negocios del partido. Sin embargo, en medio de aquella tranquilidad, á pesar de las recomendaciones para aplazarlo y esperar, había hombres impacientes, manos imprudentes, vivezas irreflexivas. Cerca de Angers, por ejemplo, fué asesinado á puñaladas un clérigo de los que habían jurado. En Chalons, los furibundos asaltaron el presbiterio para asesinar al cura. En Alsacia no empleaban el hierro contra los curas ciudadanos; azuzaban contra ellos á los perros para que les devorasen.

Todas las noches en las iglesias á oscuras, se cantaba, con los cirios apagados, ante una turba palpitante, el *Miserere* por el rey, con un cántico en el que se ofrecía á Dios que recibirían á tiros á los intrusos.

El cántico y todas las órdenes á que obedecía el clero de Alsacia, emanaban de la otra orilla del Rhin, donde el cardenal del collar, el famoso Rohan, convertido en santo y mártir, trabajaba por la guerra civil, sin peligro y á su sabor.

En Calvados Fauchet había sido castigado cruelmente por su insensato esfuerzo para reconciliar la revolución con el cristianismo; su elocuente palabra fué acogida con el insulto y las risotadas. En Caen, la audacia de los curas y de las mujeres, sus fieles aliadas, llegó hasta el punto de que aquéllas, furiosas, en pleno día, en una ciudad llena de tropas y de guardias nacionales, intentaron dar muerte al cura de San Juan, descolgando la cuerda de la lámpara del coro para ahorcarle sobre el altar.

¿Qué persecución era la que excitaba tales furores? ¿Dónde estaba el tirano, el Nerón, el Diocleciano contra el que se insurreccionaban?... Los papeles estaban cambiados desde el tiempo de los mártires; los santos de entonces sabían morir, pero éstos sabían matar.

Es preciso que se sepa:

1.º Que la Asamblea no había exigido *ningún juramento á los sacerdotes sin funciones*, que eran más de la mitad del clero. Monges, canónigos, beneficiados simples, abades de todas especies, cobraban sus pensiones; el Estado no les pedía nada.

2.º El juramento que se pedía á los curas en ejercicio, no era *en manera alguna un juramento especial á la constitución civil del clero*, sino un juramento general «de ser fiel á la nación, á la ley y al rey y de mantener la Constitución». Este juramento, *puramente cívico*, es el que el Estado puede pedir á todo funcionario, el que la patria puede exigir á todo ciudadano.

Es verdad que en estas palabras generales la *ley, la Constitución*, estaba comprendida implícitamente la constitución civil del clero, lo mismo que cualquiera otra ley. ¿Qué ordenaba esta constitución del

clero? Nada relativo al dogma. Nada más sino una mejor división de las diócesis y el restablecimiento de la elección en la iglesia, la vuelta á la forma antigua.

La oposición del Papa y del clero era la de la novedad contra la antigüedad cristiana renovada por la Asamblea.

¿Y esta Asamblea, este tirano qué tormento aplicaba á los curas que se negaban á prestar el juramento cívico, á los que declaraban que no querían obedecer las leyes? La única pena era el pagarles sin que hicieran nada, les conservaba su sueldo; no les rebajaba su pensión á pesar de que no trabajaban y eran enemigos.

Pero no era esto solo: por un respeto excesivo á la libertad de conciencia, dejaba libre el acceso al altar á aquellos enemigos de la ley, tenía siempre abierta la Iglesia que ellos habían abandonado por su voluntad permitiéndoles que dijeran misas, de suerte que los ignorantes, los simples, los esclavos de la costumbre no fuesen atormentados por sus escrúpulos y pudiesen oír todas las mañanas á su cura que maldecía de la ley que le pagaba y de la demasiada clemencia de la Asamblea. Hay que reconocer que los curas ciudadanos demostraron durante largo tiempo una paciencia más que evangélica respecto de los que predicaban contra ellos la asonada y el asesinato. No sólo tenían á su disposición las iglesias, sino que compartían con ellos los ornamentos y vestiduras sacerdotales. El sabio y modesto d'Espilly, obispo de Quimper, les animaba para que continuasen el culto. Gregoire les amparaba y protegía en Blois. Otro obispo, como veremos más adelante, les defendió en la Asamblea legislativa con admirable caridad. Uno de los verdaderos sacerdotes de Dios escribía el 12 de Septiembre para prevenir las medidas de rigor que se temían en el Oeste: «Las llagas de la religión sangran... Nada de violencia, os lo suplico. La dulzura y la instrucción son las armas de la verdad.»

Estas virtudes eran inútiles. Era preciso que la oposición entre los dos sistemas se mostrase en toda su desnudez. Por grande que sea la elasticidad del cristianismo para adoptar exteriormente las formas de la libertad, su principio íntimo, inmutable, es el de la autoridad. El fondo de su esencia, según su leyenda es la libertad perdida en la gracia, el libre albedrío del hombre y la justicia de Dios anegados al mismo tiempo en la sangre de Jesucristo.

La iglesia del 91 se mostraba francamente tal como era, representante de la autoridad y adversaria de la libertad. Y como tal, pedía el restablecimiento completo de la autoridad real. Se interceptó é imprimió una carta de Pío VI, que creyendo que Luis XVI se había escapado le felicitaba por haber recobrado la plenitud del poder absoluto.

El crimen de la Asamblea consistía en haber desconocido á la vez á los dos lugartenientes de Dios, á sus vicarios el rey y el Papa; en haber negado con la infalibilidad papal y real, la doble encarnación pontificia y monárquica.